

MONACATO RUPESTRE EN LA RIOJA Y EN EL ALTO ÉUFRATES SIRIO. PUNTOS DE CONTACTO

ALEJANDRO EGEA VIVANCOS
IPOA-Universidad de Murcia*

RESUMEN

Se efectúa una comparación entre los espacios monacales rupestres hallados en las prospecciones que el IPOA ha practicado en el Alto Éufrates sirio (1993-2001) y los de La Rioja. Se demuestra como los columbarios, las celdas y otros aspectos morfológicos responden a una idéntica manera de entender el monacato en la Antigüedad Tardía. Distintos ámbitos geográficos, diversas comunidades religiosas, pero similares formas de solventar ciertas cuestiones de funcionalidad.

ABSTRACT

It is made a comparison between the monastic rock spaces found in the surveys that the IPOA has practiced in the Upper Syrian Euphrates (1993-2001) and the ones found in La Rioja. It is demonstrated that the columbarium, the cells and other morphologic aspects respond to the same way of understanding the monasticism in the Late Antiquity. We are in front of different environments, diverse religious communities but similar forms of resolving some questions about functionality.

* Investigador Doctor, financiado por la Fundación Cajamurcia. Instituto del Próximo Oriente Antiguo, Universidad de Murcia. C/Actor Isidoro Máiquez, 8, CP 30007. Murcia.

1. EL PORQUÉ DE ESTA COMPARACIÓN

Las prospecciones que desde 1993 realiza el Instituto del Próximo Oriente Antiguo en el Alto Éufrates sirio han posibilitado la localización de un buen número de espacios rupestres que sin duda están relacionados con el fenómeno del monacato cristiano primitivo¹. Estas tareas de búsqueda arqueológica se intensificaron durante los años 1999, 2000 y 2001 mediante sucesivas campañas estivales. Los hallazgos han sido cuantiosos y espectaculares, especialmente por la calidad de algunas de las estructuras rupestres localizadas, descubriendo auténticos complejos monacales en las riberas del Éufrates y del Şâyûr, uno de sus afluentes².

Ya en España, tuve la oportunidad de ser invitado a visitar las cuevas de la comarca de Arnedo (La Rioja) por el Prof. Dr. Antonino González Blanco³. La coincidencia de aspectos morfológicos entre ambos conjuntos fue tan elevada que se me propuso la presente reflexión sobre el tema. Se trata de adentrarse en el mundo de lo funcional, de entresacar usos y posibilidades para ciertos elementos rupestres, tallados en la roca, que suponen una costosa interpretación arqueológica. No sólo nos limitaremos a documentar las coincidencias entre ambos conjuntos, en cuanto a la curiosa decoración a modo de columbarios, sino que se pretende trabajar ciertos detalles estructurales menos significativos pero igualmente aprovechables.

Lo patente y espectacular que ha sido el monacato rupestre oriental, con los celeberrimos casos capadocios, palestinos, y ahora sirios, puede aportar cierta luz al oscuro panorama que para el tema vive la parte occidental del Imperio, especialmente la hispana. De manera general se ha estado obviando un fenómeno visible en buena parte de la geografía nacional, evitando dar las correspondientes interpretaciones y datación a los miles de eremitorios, iglesias y monasterios tallados en la roca que inundan muchas provincias españolas. El caso riojano ha sido

1 La bibliografía publicada por los componentes de la misión española del IPOA al respecto es abundante y creciente, lo cual ha permitido avanzar en nuestro estado de conocimiento al respecto. Recogemos algunos de los trabajos que han versado sobre el monacato rupestre en la región: GÓMEZ CARRASCO, J. G., «La cueva como vivienda en el Alto Éufrates sirio: apuntes para su investigación», *Antig. Crist.*, XV, 1998, 417-426. GONZÁLEZ BLANCO, A., «Realidad, importancia y función de lo rupestre en la arquitectura funeraria y monacal tardorromana desde el Éufrates hasta el Atlántico», *El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente, SAPANU. Publicaciones en Internet*, II, 1998. [<http://www.labherm.filol.csic.es>]. GONZÁLEZ BLANCO, A., «Christianism on the Eastern Frontier», *Archaeology of the Upper Syrian Euphrates. The Tishrin Dam Area*, Proceedings of the International Symposium Held at Barcelona, Enero 1998, DEL OLMO, G., MONTERO, J.-L. (Eds.), Barcelona, 1999, 643-662. GONZÁLEZ BLANCO, A., «Monacato Oriental/ Monacato Occidental», *De la Estepa al Mediterráneo*. Actas del Ier Congreso de Arqueología e Historia Antigua del Oriente Próximo (Eds. J.-L. Montero, J. Vidal, F. Masó), Barcelona, 2001, 71-85. GONZÁLEZ BLANCO, A., MATILLA SÉIQUER, G., «El poblamiento rupestre del Alto Éufrates, en el Norte de Siria desde la frontera de Turquía hasta Qalat Najm», *Antig. Crist.*, X, 1993, 613-622. GONZÁLEZ BLANCO, A., MATILLA SÉIQUER, G., «Cristianización: los monasterios del ámbito de Qara Quzaq», *Antig. Crist.*, XV, 1998, 399-415. MATILLA SÉIQUER, G., «Signos cristianos en las necrópolis», *Antig. Crist.*, XV, 1998, 427-431. MATILLA SÉIQUER, G., GALLARDO CARRILLO, J., «Columbarios y relicarios en el Próximo Oriente», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 57-86.

2 Para las novedades que conllevan estas últimas prospecciones remitimos a los siguientes trabajos: EGEA VIVANCOS, A., *Eufратense et Osrhoene. Poblamiento romano en el Alto Éufrates sirio*, Antigüedad y Cristianismo, XXII, Murcia, 2006. EGEA VIVANCOS, A., «Ciudades, fortificaciones, necrópolis y monasterios en el Alto Éufrates sirio durante la época paleocristiana. Siglos IV-VII», *Sacralidad y Arqueología. Thilo Ulbert zum 65 Geburtstag am 20 Juni 2004 gewidmet*, Antigüedad y Cristianismo, XXI, Murcia, 2004, 33-66. EGEA VIVANCOS, A., «Costumbres funerarias romanas en el Alto Éufrates sirio», *Huelva Arqueológica*, 20, Huelva, 2004, 91-113. (Actas del III Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo)

3 Sirva este homenaje para dejar, una vez más, mi más sincero agradecimiento, por las oportunidades vitales e investigadoras que me brindó durante los años que fui alumno y becario de investigación suyo.

buena muestra de estos vacíos de investigación y desconocimiento hasta que la experiencia arqueológica vivida en Oriente posibilitó una adecuada comprensión y total aceptación del fenómeno monacal rupestre tardorromano en España. Presentando brevemente los hallazgos y características de la misión del IPOA en Siria se prepara a los arqueólogos e historiadores españoles para la asimilación de muchas de estas estructuras.

2. LOS MONASTERIOS RUPESTRES DEL ALTO ÉUFRAATES SIRIO

En este apartado se pretende repasar de manera breve y concisa las características principales de los monasterios rupestres hallados en el Alto Éufrates sirio. El espacio al que nos referimos queda limitado por la frontera entre Turquía y Siria al norte, el eje UTM 240000 al oeste (en torno a Manbiy), Qal^oat Nāy^m al sur, y el eje establecido por la UTM 280000 al este (en torno a la localidad de ^oAyn al-^oArab). La superficie total asciende a los 2500 Km². A lo largo de esta superficie han sido muchas las estructuras rupestres descubiertas relacionadas con el movimiento monacal. Las localidades donde se han constatado los restos más significativos de este tipo de poblamiento han sido: Bi'r Jalū, Burṭāqlī, Quruq Magāra, Magāra Sarasat, al-Jirba, ^oAmārna (Orilla Derecha del Éufrates), ^oUšariyya, Šatt al-Rāfi^o, Tujar, Dādāt (en el valle del río Šāyūr) y ^oAwaynat, Širrīn, al-Mansiyya y Qūzuq (Orilla Izquierda del Éufrates). En todas estas aldeas y poblaciones el componente rupestre de sus yacimientos es mayoritario y predominante.

De todos estos recintos se sintetizan ciertas características generales, válidas para casi todos ellos, con el objeto de poder efectuar a posteriori una comparación con los conjuntos riojanos.

2.1. Localización y emplazamiento

Como norma general, los primeros monasterios cristianos orientales aparecían distanciados de las ciudades, pero no en demasía. En el Alto Éufrates sirio se plantea un alejamiento del ruido de la *urbs* pero manteniendo siempre el contacto visual, directo o indirectamente, no sobrepasando el kilómetro de separación. Es decir, si desde el interior de la cueva o desde la misma entrada el contacto no existe, normalmente aparece en las cercanías un punto desde el que observar el núcleo de población más cercano. No olvidemos que en buena medida, y aunque el monasterio plantea la autosuficiencia, la comunidad depende de la ciudad o de las vías de comunicación que la llevan a ella. En el caso de que la ciudad o la aldea permanezcan demasiado alejadas, es la vía o calzada la que siempre queda a la vista del monasterio. Aquellos monasterios erigidos a suficiente distancia de las aglomeraciones, en lugares realmente inaccesibles, montañosos y solitarios, son una minoría.

2.2. Forma y planta general

El medio rupestre hace que los monasterios del Éufrates se asemejen más al esquema básico de las *laurae* palestinas que a los monasterios de la región alepina⁴. «Laura» es un vocablo

4 Los monasterios de Siria septentrional, en torno a Alepo, se caracterizan por quedar estructurados mediante grandes moles constructivas. Cada dependencia del monasterio, iglesia, hospedería, refectorio, etc., se ve convertida en un espectacular edificio de grandes sillares y cubiertas de madera. Esta gran firmeza en la construcción ha posibilitado que las citadas edificaciones permanezcan en pie después de un milenio y medio.

griego que significa originariamente camino estrecho, desfiladero o barranco. Los cenobios y monasterios rupestres palestinos estaban situados en alguna quebrada estrecha, en el repecho de una montaña, donde el nombre del terreno en que se levantaba vino a definir a la fundación⁵ (Figura 1).

Sin embargo, el paso del tiempo, la erosión, la sedimentación y los procesos atmosféricos sólo han permitido que llegue hasta nosotros una mínima parte de lo que en realidad fueron estos monasterios. En un principio, se puede pensar que el hábitat elegido por estos individuos bastaba para cubrir las necesidades básicas y cotidianas, pero la observación detallada de las paredes de las cavidades reafirman una más que probable coexistencia de elementos constructivos junto a elementos rupestres. De hecho, en buena parte de las paredes se advierten mechinales agrupados mediante líneas horizontales y verticales, sin duda las últimas huellas de multitud de vigas de madera que mantenían superestructuras hoy perdidas. El lugar donde se hace más patente este dato es el monasterio «acoimeta» de °Ušariyya. En este lugar, los habitáculos rupestres servirían como fondo de estructuras de madera y adobe que conformaban un mínimo de tres pisos. Debía tratarse de algo muy similar a lo que se supone para el monasterio de san Teoctisto en Deir Muqallik, entre Jerusalén y Jericó. El análisis minucioso de las cavidades pudo comprobar restos de una obra de mampostería de seis plantas construida de manera contigua al sur de la fachada de la cueva que hacía de iglesia. La principal función de este entramado fue facilitar y asegurar el acceso a la cueva principal⁶.

Efectivamente tuvo que haber algunos fenómenos monacales rupestres que simplemente fueran eso, rupestres. Aprovecharían oquedades naturales para transformarlas y adecuarlas a sus necesidades, desbrozarían sendas que en la actualidad difícilmente se conciben como posibles lugares de paso, tallarían en la roca orificios y escalones que favorecerían el ascenso a las grutas más elevadas, etc. Junto a estos primigenios monjes más «naturales», por llamarlos de alguna manera, convivirían otras comunidades que vieron preciso el completar los sitios ofrecidos por el monte mediante la construcción de nuevos espacios, salas, escaleras, barandas o plataformas, que subsanaran los inconvenientes del propio paisaje. El descubrir una cueva habitada por monjes, en un lugar completamente inaccesible, no supone en todas las ocasiones desprendimientos de viejos caminos o cierto grado de metamorfosis del entorno. En ocasiones, no es descabellado imaginar andamiajes de madera, pequeñas estructuras de adobe o mampostería, cubiertas de cañizo o tejas, elementos de escasa perdurabilidad que muy raras veces perviven al aire libre.

2.3. Entrada y vestíbulo

El acceso a este tipo de recintos no es nada sencillo, ni siquiera está indicado. Para llegar a algunos de ellos hay que recorrer grandes distancias entre la población más cercana, tomar sendas con un fuerte desnivel, llegar al pie de los acantilados donde se esconden y después trepar con mayor o peor fortuna por una pared vertical de unos tres metros de altura. No sabemos si la erosión puede haber distorsionado un acceso más asequible o que no se cuente con presumibles

5 COLOMBAS, G. M., *El monacato primitivo*, Madrid, 1998, p. 159.

6 GOLDFUS, H., ARUBAS, B., ALLIATA, E., «The monastery of St. Theoctistus (Deir Muqallik)», *Liber Annuus*, 45, 1995, 247-292. (Fig. 4-5). Con los restos actuales, a los que es necesario acceder mediante descenso en vertical con arneses y cuerdas, la hipotética reconstrucción es la única manera de hacer comprensible la vida diaria en ese complejo.



FIGURA 1. Pequeña «laura» de Magāra Sarasat, al sur de Ýarābūlūs (Siria). Los números 1 y 2 corresponden a dos pequeños eremitorios. Los números 3-4 corresponden al recinto central del monasterio.



FIGURA 2. Monasterio de San Miguel en el mismo Arnedo. La disposición al modo de las «lauras» palestinas es más que evidente.

escalas, pero el caso es que para introducirnos en algunos eremitorios es necesario desplegar ciertas dotes escaladoras. Hay otros, donde simplemente hay que procurar toparse con la senda correcta, ya que en caso contrario debes atacar la subida de manera directa y en línea recta hacia la cavidad, camino que nunca es el correcto ni mucho menos el más asequible. Algunas excepciones poseen su entrada sobre una rambla, el río o cerca de un camino.

Los ejemplos más espectaculares articulan sus accesos por medio de escalinatas talladas en la roca (Figura 3). En algún caso, la escalera aparece escondida en el interior de la montaña, siendo imposible su visualización desde el exterior. En otros recintos, la escalinata es visible desde prácticamente todos los puntos de los alrededores. También se ha constatado el uso de pequeñas escaleras talladas que posibilitan el ascenso a eremitorios situados en un piso o planta superior.

Una vez accedido al interior, la entrada suele comunicar directamente con un espacio que sirve de vestíbulo (Figura 10), aunque en otras ocasiones enlaza con una sala de uso común. Actuará como vestíbulo o sala comunal, este espacio intermedio entre el exterior y el propio monasterio suele estar bastante abierto al exterior, muy bien iluminado. Uno de los vestíbulos mejor perceptible presenta una puerta adintelada, que conserva las marcas donde encajar los cierres de la misma, se abre de par en par a un ambiente cuadrado que a su vez posee otra puerta adintelada que lo separa del interior del recinto monástico propiamente dicho. Esta segunda puerta, a su vez, también conservaba huellas de goznes en el umbral lo que significa que en su momento este pequeño vestíbulo podía quedar incomunicado del resto del edificio. Aún más, en uno de los laterales se tallaron perfectamente un par de bancos rectangulares, uno más alto que el otro de tal manera que formaban escalón. Las puertas y los bancos sugieren la posibilidad de que este cenobio recibiera visitas ocasionales. Estos visitantes podrían esperar sentados o acostados tranquilamente esperando a que les llegara el momento de acceder al interior. Este tipo de intromisiones del exterior se reduciría quizás a hermanos de otras comunidades que llegaran en momentos inoportunos o a jóvenes postulantes interesados en iniciar vida monástica en esta pequeña comunidad.

2.4. Celdas y salas comunes

La morfología de la celda viene dada por la tradición anterior. El tamaño minúsculo y la incomodidad son generales en todos los casos. La oscuridad y humedad serían algunos otros valores que harían más dura y provechosa la ascesis del monje. Normalmente el monje, en el interior de la celda, es conveniente que no pueda ni permanecer de pie ni acostarse cómodamente, por esta razón las habitaciones son bajas y estrechas. El mismo modo de vida de los monjes implicaba la individualidad de cada celda, aunque se tiene constancia que la comunidad podía colaborar en su elaboración o que dos o tres personas compartieran una misma habitación.

Theodoreto, obispo de Ciro en el año 423, en su vida de Marcianos, resulta del todo ilustrativo. Aunque está refiriéndose a su cabaña, no olvidemos que la celda rupestre no es más que una traslación de la cabaña precedera de ramas y barro a otro material más permanente: *«En efecto, cuando estaba de pie, no era capaz de mantenerse derecho, porque el techo le aplastaba la cabeza y el cuello, y cuando estaba acostado, no podía extender sus piernas porque la longitud de su morada no acompañaba al de su cuerpo»*⁷. En el Alto Éufrates son muy corrientes

7 Theod. Cyr., *HPH*, III, 5.



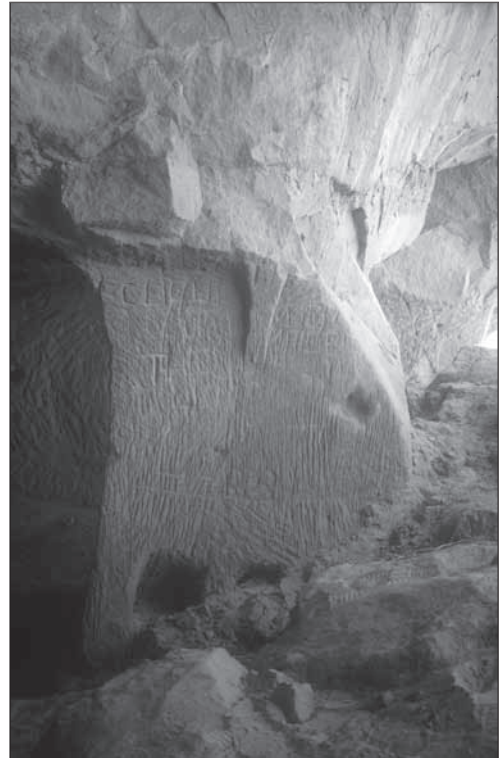
FIGURA 3. Escalinata tallada en la roca que une un monasterio con una iglesia rupestre situada en la cima de la montaña. Magāra Sarasat, al sur de Yārābūlūs (Siria).



FIGURA 4. Escalinata tallada en la roca que une la rambla con una serie de celdas monacales (Arnedo)



FIGURA 5. Columna central tallada en la roca dentro de un monasterio situado en las cercanías de la aldea de Tujar (Siria).



FIGURAS 6-7. Distintas columnas centrales talladas en la roca de un eremitorio del monte San Fruchos (Arnedo).



FIGURA 8. Columbario en el monasterio de Dādāt, al sur de Ŷarābūlūs (Siria).



FIGURA 9. Columbario en las cercanías de Arnedo.

las celdas en las que es obligado el entrar encorvado y en las que es prácticamente imposible el dormir estirado por completo, todo lo cual nos sirve como la prueba gráfica más palpable de lo dicho por Teodoro.

La costumbre de encerrarse en una celda para la oración sincera y profunda ya viene dada en el mismo Evangelio: «Tú, en cambio, cuando ores entra en tu habitación y, habiendo cerrado la puerta, ora a tu Padre que está presente en el secreto...» (Mateo, 6. 6)

2.5. Ventanas en las celdas

Los textos referentes a la existencia de ventanas o huecos de mayor o menor tamaño en una de las paredes de la celda son copiosos⁸. Estas ventanas tenían por objetivo el establecer comunicación visual, el escuchar o recibir el alimento del exterior sin perturbar la oración (Figura 11-12).

En la vida de los monjes y ascetas el empleo de ventanucos siempre aparece asociado a «santos» de gran prestigio, no sólo entre sus compañeros monjes sino en toda la comunidad cristiana de los alrededores. Juan Hesicasta (el recluso), procedente de Nicópolis (Armenia) donde pudo haber recibido la ordenación episcopal, decidió viajar a Palestina donde acabó ingresando como novicio en la «Gran Laura» de Sabas a fines del siglo V, ocultando su condición y estatus. Tras descubrirse su pasado Juan decidió comenzar su periodo de *hesychia* en su celda, reclusorio que mantuvo durante 48 años, con una pequeña ventana que lo comunicaba con el exterior⁹.

2.6. Mobiliario rupestre y decoración interna

Se incluyen todos aquellos elementos de naturaleza rupestre que pudieron funcionar como mobiliario, litúrgico o no, así como todos los elementos que en el interior de los monasterios e iglesias podían decorar sus paredes.

2.6.1. Bancos

Sin duda alguna, uno de los elementos muebles más comunes en los monasterios fueron los bancos. Su construcción mayoritaria en madera impide un seguimiento apropiado, pero, por fortuna, la piedra se convierte en una auténtica aliada, ya que en algunas ocasiones celdas y espacios comunes contaron con rebancos tallados en la roca, de manera que aún se conservan adosados a las paredes de ciertas cuevas.

En este sentido, los monasterios sirios cuentan con algunos restos de este tipo de bancos. También las celdas de los monjes poseían en ocasiones este tipo de poyetes, donde el monje permanecía en oración o descansaba. El dormir en este tipo de incómodos rebancos, ante nuestros ojos, resulta como poco extraño, pero los textos constatan en más de una ocasión ciertas costumbres ascéticas por las cuales se imponía el no dormir tendido sobre el suelo sino procurándose una posición más incómoda: «...y apoyándome contra la pared dormitaba una pequeña parte

8 Pall., *HL*, V, 1; XVIII, 10. Theod. Cyr., *HPh*, XXV.2; XXIX.2; XXIX.3. Cyr. S., *Vita Ioanni*, 19, 21, 23. Dādišō, *Quietud.* I, 8, 16, 17, 23, 26.

9 PATRICH, J., «The hermitage of St. John the Hesychast in the Great Laura of Sabas», *Liber Annuus*, 43, 1993, 315-337.



FIGURA 10. Vestíbulo de recepción en el monasterio en altura de Magāra Sarasat, al sur de Yārābūlūs (Siria).



FIGURA 11. Entrada a la celda de un monasterio en el Éufrates sirio. Al fondo, se abre una oquedad que servía como ventana de comunicación entre el recluso y sus hermanos.



FIGURA 12. Acceso tallado en la roca de uno de los eremitorios de Armedo.

del sueño.»¹⁰ La misma regla pacomiana extensible a un alto porcentaje de las comunidades egipcias, incidía en la prohibición de dormir sobre cualquier tipo de lecho en posición estirada, mientras que abogaba por el uso de un tipo de sillas inclinadas para colocar sus alfombras sobre ellas y dormir sentados¹¹. El dormir a rienda suelta provocaba sueños peligrosos que era imprescindible evitar.

2.6.2. *Lucernarios*

¿Hasta qué punto era provechoso el tallado de pequeños lucernarios en las paredes de las celdas o de los espacios comunes del monasterio? En un principio se está ante un modo de vida, el antiguo, que sigue a rajatabla las imposiciones dispuestas por el horario solar. En la actualidad, aún contando con electricidad, las poblaciones rurales siguen, en su mayoría, levantándose al alba y acostándose poco después del anochecer. Por tanto, ¿qué motivó la implantación cotidiana de huecos en las paredes donde introducir candiles y lucernas?

Naturalmente la usanza de lucernarios implica la utilización de lámparas de aceite, mientras que dicho sistema de iluminación obliga a reflexionar sobre una serie de actividades nocturnas en los monasterios. El sueño y el cansancio es uno de los peores enemigos entre los «soldados de Cristo», donde desfallecer significa bajar la guardia ante el eterno enemigo, los demonios: «*El monje soñoliento caerá en pecado, el que se da a las vigilia escapará como un pájaro*»¹². Si a la vigilia, la oración continua, individual o común, se le añade una probable presencia de libros en estos retiros, la presencia de candiles se tornaría indispensable. El tema de las lecturas de textos bíblicos en los monasterios ha dado mucho que hablar, ya fuera por parte de defensores o detractores de la presencia entre estas comunidades de cierto grado de alfabetización. El repetir salmos y cánticos aprendidos de oído no entra en conflicto, ni mucho menos, con un uso de libros cada vez mayor, tradición que converge en la paulatina creación de bibliotecas y en la difusión de las enseñanzas cristianas por medio de escuelas y centros de formación.

Un estudio de la distribución de oquedades destinadas a objetos de iluminación a lo largo de los espacios rupestres del Alto Éufrates sirio permite constatarlos tanto en celdas individuales como en espacios comunales. No obstante cada retiro monástico rupestre posee sus particularidades.

2.6.3. *Hornacinas*

Uno de los comunes denominadores de todos los monasterios rupestres del Éufrates es la presencia de hornacinas en sus paredes. Nichos y huecos de todos los tamaños, formas y secciones posibles cuya funcionalidad se nos escapa en la mayoría de ocasiones. Un alto porcentaje de ellos debían destinarse a colocar objetos, quizás como depósito de libros, rollos litúrgicos, cuencos, platos, imágenes y crucifijos. Los hay que fueron excavados en altura, otras en mitad de la pared, otros casi en el suelo, uno al lado o encima de otro, los hay profundos, los hay superficiales. Lo que es innegable es que cada uno de estos tipos, cada una de estas situaciones, contaba con una funcionalidad propia e individualizada. La dificultad de la arquitectura del vacío, añadida a la

10 Euagr. Pont., *Sent. Mon*, 94.

11 Pall., *HL*, XXXII, 3.

12 Euagr. Pont., *Sent. Mon*, 46.

ausencia de depósito arqueológico, impide cada una de las identificaciones. El estado de erosión de la roca es tal que no sería descabellado plantear nichos que incluyeran imágenes pintadas, iconos de santos, la Virgen o Cristo, como los de la sexta planta del monasterio de Teoctisto a pocos kilómetros al este de Jerusalén¹³.

2.6.4. Columbarios

Esa serie de multitud de nichos tallados en la roca sin aparente orden ni función, tienen por costumbre el presentar unas dimensiones mínimas por lo que no permitirían ninguna otra función además de la puramente simbólica o decorativa. La simbología o uso de este motivo queda por el momento en el aire, a pesar de que ya existan algunas interpretaciones posibles en relación con distintos paralelos.

El lugar más cercano al Éufrates donde ha aparecido repetido el esquema de los columbarios es el Orontes. Más concretamente en Derkouch, donde los padres Peña, Castellana y Fernández localizaron una sala similar, excavada con multitud de filas y columnas de nichos, posibles *columbaria* o receptáculos para situar pequeñas estatuillas votivas de los dioses. Esa sala es denominada como el *sacrarium* y para ellos es uno de los monumentos paganos más interesantes de Siria del Norte¹⁴. A una veintena de metros al oeste existía un gran nicho absidal, cuya presencia sugería la existencia de un templo-santuario donde se veneraría una divinidad¹⁵.

Esta asociación columbario-paganismo también se produjo en la interpretación del columbario de Khirbet Qana¹⁶ como parte integrante de un lugar de culto pagano, a pesar de encontrarse en las cercanías de la gruta venerada por los peregrinos que visitaban Caná de Galilea, al menos desde el siglo XII.

Sin embargo, la mayoría de los columbarios localizados en el Alto Éufrates (Figura 8) se insertan dentro de un contexto claramente cristiano. Pueden aparecer en las cercanías de una iglesia, en su interior, en la pared de una celda de monjes, en un hipogeo reutilizado como retiro por un asceta, etc.

2.6.5. Capillas, nichos de oración

Es norma casi general en los templos rupestres que la situación de la cabecera sólo venga marcada por un pequeño nicho, de sección rectangular o semicircular, ya sea en posición central o lateral. En una ocasión, el caso de mayores dimensiones, la cabecera adquiere una forma más habitual conformando un ábside de tipo cuadrangular. Estas cabeceras, pequeños nichos meramente indicados, se presentan en la mayoría de los casos como la única prueba para certificar la existencia o no de una iglesia. En algunos casos, el nicho central va acompañado de otro

13 GOLDFUS, H., ARUBAS, B., ALLIATA, E., *op. cit.*, 1995, figuras 3-4.

14 PEÑA, I., CASTELLANA, P., FERNÁNDEZ, R., *Inventaire du Jebel Wastani. Recherches archéologiques dans la région des Villes Mortes de la Syrie du Nord*, Milán, 1999 (en concreto, pp. 171-173 y figura 39).

15 El desconocimiento de otras estructuras semejantes como las presentadas en el Éufrates conlleva a los investigadores a ni siquiera plantearse la posibilidad de que existiera algún tipo de relación con determinados contextos cristianos.

16 HERROJO, J., «Nuevas aportaciones para el estudio de Khirbet Qana», *Liber Annuus*, 48, 1998, 345-356 (en concreto, pp. 346-347).

nicho u hornacina lateral (Figura 13). La función de este segundo elemento tuvo que estar sin duda relacionada con la liturgia primitiva. Además, en varias ocasiones, un pequeño lucernario iluminaba esta parte del edificio.

No olvidemos que este era el aspecto que tanto iglesias, sinagogas como mezquitas contaron desde sus orígenes. No está claro si fueron las sinagogas, las iglesias, o ambas, las que influyeron en las mezquitas. En la sinagoga de Doura Europos ya existía un nicho en el que se colocaba el tabernáculo con los rollos de la *Tōrah* y junto a él, un púlpito para el predicador. Esta asociación de nicho de oración y púlpito se reproduce en las mezquitas con el *mīhrab* y el *mimbar*. Contrariamente al nicho de las sinagogas o de las iglesias, el de las mezquitas está vacío y sólo cumple el papel de «receptáculo» de las oraciones de los fieles.

Al igual que en los monasterios, las iglesias cuentan en ocasiones con pequeños huecos tallados en la roca, que sin duda sirvieron como alojamiento de pequeñas lucernas. El modelo más corriente tiene un máximo de 15 cm. de anchura por otros tantos de altura, los justos para introducir una única lámpara. Los lucernarios en iglesias pueden aparecer en las inmediaciones de la cabecera o de las puertas. Obviamente, en todos los casos, este elemento asegura una iluminación mínima para espacios demasiado cerrados y muy oscuros, donde una o dos lucernas no proporcionarían un caudal de luz significativo, pero sí que crearían un ambiente de lo más propicio para desarrollar cada uno de los pasos de la liturgia.

2.7. Problemas de abastecimiento

En muchos espacios rupestres de índole monacal, tanto iglesias, monasterios como cenobios, se han encontrado silos y cisternas tallados en el suelo. Se trataba de asegurar el abastecimiento de líquido y de alimentos, protegiendo los mismos incluyendo los depósitos en los interiores de los recintos.

3. LOS MONASTERIOS RUPESTRES DE LA RIOJA

Una vez observadas las características del monacato del Éufrates sirio iniciamos un repaso a las características principales de los complejos monacales rupestres de La Rioja, haciendo especial hincapié en los de la comarca de Arnedo, en torno al valle del río Cidacos. De nuestras visitas a la zona y de las publicaciones más recientes, repasamos brevemente aquellas características en las que se produce la coincidencia con los complejos monacales sirios.

3.1. Localización y emplazamiento

Un vistazo rápido a los columbarios y eremitorios de La Rioja nos permite constatar cuatro premisas de localización muy claras y repetidas en prácticamente todos los casos consultados.

a) Los espacios rupestres aparecen a lo largo de los ríos.

Las márgenes, escarpes y farallones de los ríos Iregua, Leza, Jubera, Cidacos y Queiles son el ámbito elegido para abrir las estructuras rupestres.

b) Alejados de las poblaciones pero manteniendo cierta comunicación visual.

Algunos, como los del río Jubera, están situados excesivamente lejos de los pueblos¹⁷, pero en otros la comunicación es patente. Es el caso de la «Cueva del Águila» (Logroño) que está situada en la margen contraria de la ciudad romana de Varea. En Albelda de Iregua las cavidades poseen un dominio claro sobre las terrazas del río Iregua donde se conocen varios asentamientos de época romana. En Murillo del Río Leza, concretamente en la cueva de Los Agujerones existe una comunicación clara con una serie de *villae* de época tardorromana. En la «Cueva de Cienta» de Arnedo¹⁸ la distancia entre la cueva y la ciudad es de 1'5 Km.

c) A los pies de una vía romana.

Esta es una de las más comunes premisas de localización. Los columbarios del río Iregua aparecen en los escarpes del río, cuyo valle fue camino natural entre la meseta soriana y el Valle del Ebro, desarrollándose en época romana por dicho valle la vía que unía Varea y Numantia¹⁹. También en Nalda, otro grupo de columbarios se abrió sobre la misma vía, manteniendo 1'5 Km. de separación con el poblado romano más próximo, la antigua Nalda. Por su parte, desde la cueva de «La Ventana de los Moros» de Lardero se divisa todo el valle del bajo Iregua y la vía romana Tricio-Varea²⁰. Cabría recordar la cueva de Los Agujerones en Murillo del Río Leza que pasaba cerca de la vía romana²¹ o las cuevas del valle del río Jubera que se orientan hacia un camino romano que atravesaba el valle en dirección a la meseta²². El espectacular conjunto del río Cidacos, especialmente en torno a Arnedo, también debe su situación a la presencia de la vía entre Calagurris y Numantia. Es el caso de la Cueva de Santa Eulalia Somera en Arnedillo²³.

d) Abiertos en las paredes verticales de las montañas.

Este carácter de hábitat en altura, al modo de las conocidas lauras es uno de los distintivos de identidad de los complejos monacales rupestres de La Rioja (Figura 2). Estos emplazamientos elevados, desafiando a la gravedad y al vértigo, aportan a cada uno de los conjuntos eremíticos tintes completamente espectaculares. Sería dificultoso recordar todos y cada una de las localidades y espacios que responden a este patrón de asentamiento, baste el recordatorio de algunos de ellos: Cueva Grande de Monte Cantabria (Logroño), Cueva de Los Llanos (Arnedo), Cueva de Cienta (Arnedo), Cueva de Santa Eulalia Somera (Arnedillo), Monasterio de San Martín (Albelda), Monasterio de San Miguel (Arnedo), Covacha de Garona (Leza de río Leza), etc.

17 PASCUAL MAYORAL, M^a. P., «Columbarios de La Rioja y su distribución geográfica», *Antig. Crist.*, XVI, Murcia, 1999, 87-117 (en concreto, p. 88).

18 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «La Cueva de Cienta (Arnedo-La Rioja)», *Antig. Crist.*, XVI, Murcia, 1999, 149-161.

19 PASCUAL MAYORAL, M^a. P., *op. cit.*, p. 88.

20 *Ibidem*, p. 96.

21 *Ibidem*, p. 96.

22 *Ibidem*, p. 100.

23 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «La Cueva de Santa Eulalia Somera (Arnedillo-La Rioja)», *Antig. Crist.*, XVI, Murcia, 1999, 163-178.

En el último de los emplazamientos citados el esquema de laura palestina se cumple a rajatabla, existiendo varias ermitas en torno a una pequeña iglesia, lugar éste donde los eremitas se reunían eventualmente. En algunos casos se ha podido identificar la localización de la iglesia o área de reunión. Un avance en las prospecciones y estudios estructurales de las cuevas permitirá ir creando este tipo de asociaciones entre las distintas cavidades.

3.2. Forma y planta general

Las formas y plantas de las cuevas son variadas. La Cueva de los Llanos forma un paralelepípedo de planta más o menos rectangular²⁴. La Cueva de Santa Eulalia Somera de Arnedillo posee cuatro espacios comunicados entre sí, con dos entradas y dos ventanas²⁵. El Monasterio de Santa Lucía de Ocón, abierto en la cara sur de un pequeño cabezo, está conformado por dos cuevas de planta rectangular con una cueva agregada de planta de cruz griega²⁶.

Las iglesias identificadas sí que poseen más uniformidad en sus plantas. Así la iglesia rupestre identificada por González Blanco junto al Monasterio de Vico en Arnedo posee planta rectangular y bóveda de cañón²⁷. Las iglesias rupestres yuxtapuestas del «Patio de los Curas» (Peña Logroño, Arnedo), aunque muy erosionadas, también parecen reproducir idéntico esquema²⁸.

3.3. Detalles constructivos y decorativos más significativos

Rápidamente se repasan algunas de las características más significativas de los monasterios rupestres, especialmente aquellos que pueden encontrarse en el interior, ya sean funcionales o decorativos.

3.3.1. Entrada y vestíbulo

La Cueva Grande del Monte Cantabria (Logroño)²⁹, como muchas otras, está emplazada en un farallón rocoso. El acceso a la entrada de la cueva se realiza por una senda, mientras que la puerta queda enmarcada con pilastras y dintel de sillería. Desde aquí se asciende por una

24 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «La Cueva de los Llanos (Arnedo, La Rioja)», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 133-148.

25 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «La Cueva de Santa Eulalia Somera (Arnedillo-La Rioja)», *op. cit.*, 163-178.

26 GONZÁLEZ BLANCO, A., PASCUAL MAYORAL, M^o. P., «El monasterio dúplice de Santa Lucía de Ocón (La Rioja)», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 249-258.

27 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «Una nueva iglesia en el Monasterio de Vico (Arnedo-La Rioja)», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 259-277.

28 GONZÁLEZ BLANCO, A., ESPINOSA RUIZ, U., SÁENZ GONZÁLEZ, J. M., «Epigrafía cristiana en una iglesia rupestre de época romano-visigoda en Arnedo (Logroño)», *XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977)*, Zaragoza, 1979, 1129-1143. MONREAL JIMENO, L. A., *Eremitorios rupestres altomedievales (El Alto Valle del Ebro)*, Bilbao, 1989, 213-215. ABAD LEÓN, F., «Expansión de la vida eremítica y monástica en La Rioja», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 285-312 (en concreto, pp. 301-303).

29 GONZÁLEZ BLANCO, A., «La Cueva Grande de Monte Cantabria (Logroño) y el problema de los palomares», *Antig. Crist.*, XVI, Murcia, 1999, 119-132.

escalera tallada en la roca y en el piso superior hay un vestíbulo³⁰, una zona de transición entre el exterior y el interior.

El tallado en las paredes de pequeños escalones que facilitarían el acceso a los interiores de las cuevas es algo tremendamente habitual. Así se puede observar en las cercanías de Arnedo, en varios de los eremitorios cercanos (Figura 4).

3.3.2. Columnas talladas en el centro de la cueva

Algunas de las cuevas de la zona presentan grandes columnas pétreas talladas en la misma roca. Así, la sala grande de la Cueva Grande del Monte Cantabria (Logroño) está compuesta por dos largas naves separadas con dos columnas talladas en la roca, situadas en el centro de la cavidad³¹. También la Cueva de los Llanos de Arnedo presenta tres columnas modeladas en la roca³². La Cueva de Cienta y una de las cuevas del monte San Fruchos (Arnedo) recurren al mismo recurso para asegurar la estabilidad de la estructura de la gruta (Figuras 6-7).

En Siria hemos comprobado que se trata de un recurso bastante habitual, sin ninguna función a excepción de la meramente sustentatoria (Figura 5).

3.3.3. Bancos adosados

Este tipo de elementos es bastante propicio a aparecer en las paredes laterales de las iglesias rupestres de la comarca. Una de las iglesias del Patio de los Curas de Arnedo conserva restos muy erosionados de un banco tallado en todo lo largo del lateral³³.

3.3.4. Hornacinas en las paredes

En el monasterio dúplice de Santa Lucía de Ocón existe una hornacina semicircular en uno de los brazos de la sala con planta de cruz griega que, seguramente, sirvió para colocar algún objeto³⁴.

Así mismo, el Monasterio de San Martín de Albelda posee una hornacina excavada sobre los nichos que conforman el columbario³⁵.

3.3.5. Nichos de oración

Este tipo de nichos donde dirigir la oración de los fieles se encuentra especialmente en los ábsides de algunas de las iglesias rupestres identificadas. Es el caso de una hornacina rectangular abierta en un lateral del fondo del ábside de la iglesia abierta a los pies de una rambla junto al

30 *Ibidem*, p. 123.

31 *Ibidem*, p. 123.

32 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «La Cueva de los Llanos (Arnedo, La Rioja)», *op. cit.*, 134.

33 GONZÁLEZ BLANCO, A., ESPINOSA RUIZ, U., SÁENZ GONZÁLEZ, J. M., *op. cit.*, 1130.

34 GONZÁLEZ BLANCO, A., PASCUAL MAYORAL, M^a. P., «El monasterio dúplice de Santa Lucía de Ocón (La Rioja)», *op. cit.*, 257.

35 GONZÁLEZ BLANCO, A., RAMÍREZ MARTÍNEZ, T., «El monasterio de San Martín de Albelda y sus columbarios», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 179-185.

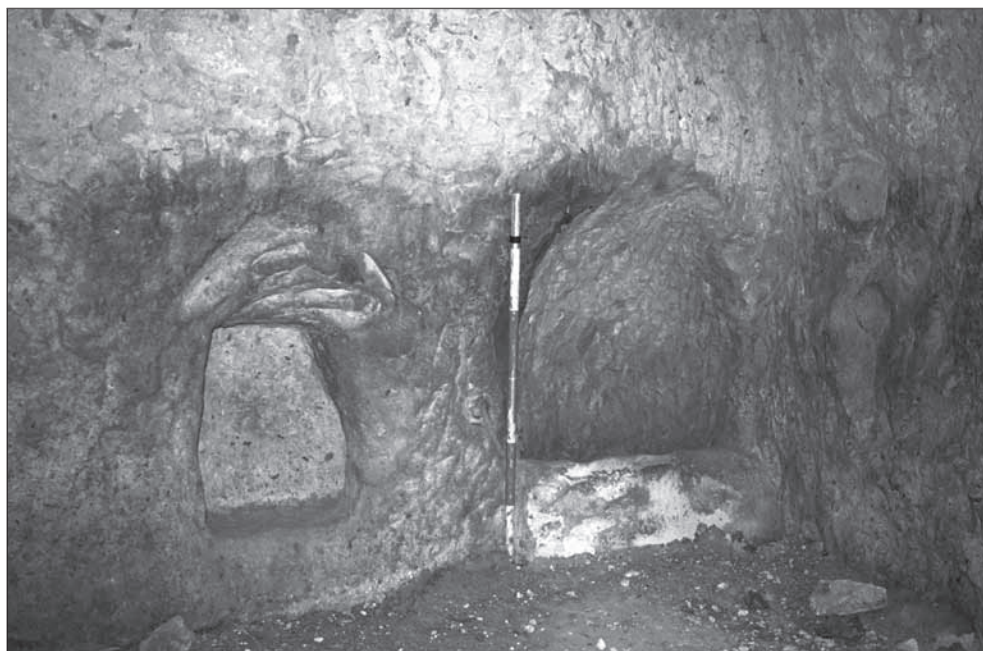


FIGURA 13. Nichos tallados en el fondo de una iglesia rupestre. Tujar (Valle del Sāyūr, Siria).



FIGURA 14. Iglesia rupestre en el Patio de los Curas (Arnedo). Nótese el estrechamiento intencionado del ábside, a modo de iconostasis.

actual Monasterio de Vico³⁶. En otro contexto, en el monte de San Fruchos (Arnedo) una de las cuevas presenta también un pequeño entalle en la pared a modo de *mihrab*, que debe ser entendido en el mismo sentido.

3.3.6. Columbarios

Prácticamente todas las cuevas del valle del Cidacos (Figura 9) poseen decoración a modo de columbario. Las de mayores dimensiones son la Cueva de los Llanos y la Cueva de Cienta (Arnedo), y la Cueva de Santa Eulalia Somera (Arnedillo).

3.3.7. Iglesias

La aparición aislada de una iglesia rupestre es extraña. Lo habitual es que un simple vistazo por las cercanías nos sirva para certificar la existencia de pequeñas celdas, también rupestres, que mantienen ciertos lazos de dependencia y vinculación visual con aquella. Frente a las celdas y refugios eremíticos las iglesias están en lugares francamente accesibles, factor obligado si se quería captar a la feligresía más próxima.

Es el caso de las iglesias situadas en la parte alta del casco urbano de Arnedo, en el lugar denominado «Patio de los Curas», situadas en posición centrada respecto a la serie de monasterios rupestres de los alrededores. Dentro de los aspectos morfológicos de estas iglesias, destaca la presencia de un intento de iconostasis natural mediante un estrechamiento del espacio en la cabecera³⁷ (Figura 14).

4. ¿POR QUÉ EN LAS MONTAÑAS?

En un principio, este carácter rupestre y montaraz del monacato hispano no nos debería sorprender. La historiografía especializada ha asumido este proceso en Tierra Santa o en Capadocia y nosotros también lo hemos constatado en el Alto Éufrates sirio³⁸. Sin embargo, aún se

36 GONZÁLEZ BLANCO, A., y otros, «Una nueva iglesia en el Monasterio de Vico (Arnedo-La Rioja)», *op. cit.*, 270.

37 GONZÁLEZ BLANCO, A., ESPINOSA RUIZ, U., SÁENZ GONZÁLEZ, J. M., *op. cit.*, 1130.

38 Si se da cuenta el lector, a la hora de hablar del monacato rupestre nunca lo hacemos extensible a toda Siria. Hasta las prospecciones en el Éufrates de la misión española, las edificaciones monacales sirias poseían un carácter puramente constructivo. En el entorno de Alepo y Antioquía, el área mejor estudiada con las denominadas «Ciudades Muertas», la monumentalidad y cuantía de estas estructuras ha sido presentada, estudiada y repasada por trabajos indispensables como el de Tchalenko, Lassus, Canivet, o más recientemente los PP. Peña, Castellana y Fernández en diversas monografías. Aunque en estas regiones se constata cierto eremitismo, el grueso del fenómeno monacal responde a complejos construidos. TCHALENKO, G., *Villages antiques de la Syrie du Nord. Le Massif du Bélus à l'époque romaine*, París, 1953-1958. LASSUS, J., *Sanctuaires chrétiens de Syrie*, París, 1947. CANIVET, P., CANIVET, M. T., Huarte. *Sanctuaire chrétien d'Apamène (IVe-VIe S.)*, París, 1987. PEÑA, I., *La desconcertante vida de los monjes sirios. Siglos IV-VI*, Salamanca, 1985; - *El arte cristiano de la Siria bizantina (Siglos IV-VII)*, Madrid, 1995; - *Lieux de pèlerinage en Syrie*, Milán, 2000. PEÑA, I., CASTELLANA, P., FERNÁNDEZ, R., *Les Reclus syriens. Recherches sur les anciennes formes de vie solitaire en Syrie*, Milán, 1980; - *Les Cénobites syriens*, Milán, 1983; - *Les Stylites syriens*, Milán, 1987; - *Inventaire du Jebel Baricha. Recherches archéologiques dans la région des Villes Mortes de la Syrie du Nord*, Milán, 1987; - *Inventaire du Jebel El-A'la. Recherches archéologiques dans la région des Villes Mortes de la Syrie du Nord*, Milán, 1990; - *Inventaire du Jebel Wastani. Recherches archéologiques dans la région des Villes Mortes de la Syrie du Nord*, Milán, 1999.

es algo reacio a asumir procesos similares en territorio hispano. Es creencia generalizada que esas formas de cristianismo primitivo, las rupestres, no llegaron o lo hicieron muy levemente a la Península Ibérica.

Curiosamente, una de las pocas menciones literarias al respecto es realmente temprana, el concilio de Zaragoza del 380. Entre otras condenas, algunos cánones de esta reunión anti-priscilianista³⁹ dejaban bastante claro la existencia de personas, cristianos tildados de herejes, que se escondían en los montes, apartándose en celdas y retiros espirituales, las cuevas. El hecho de esta huida a las montañas y de un riguroso ascetismo, tan corriente y admirados en el cristianismo oriental, era criticado y denunciado por los jerarcas eclesiásticos hispanos como una auténtica práctica herética. No obstante, este ejemplo literario, referente a refugios en las montañas, tuvo que ser más general de lo que se piensa. La arqueología así lo está demostrando. En numerosas regiones españolas se están documentando cuevas y abrigos que confirman este proceso a lo largo de toda la Antigüedad Tardía.

Tanto los complejos monacales riojanos como los del Alto Éufrates sirio poseen como factor más singular esta elección intencionada del hábitat. Lo inaccesible de algunos puntos, lo aislado de los centros urbanos y, en especial, la perfecta simbiosis que alcanzan algunos de estos conjuntos rupestres con la naturaleza, son valores que obligan a repetirnos una y otra vez la cuestión que encabeza el presente epígrafe.

Con la política religiosa constantiniana la Iglesia tendió hacia una burocratización, contaminándose de la idea de Imperio, identificándose cada vez más con los grupos y sectores más privilegiados y por contra abandonando sus primitivos ideales. Ante esta postura no es de extrañar que muchos cristianos buscaran la perfección de la Iglesia y se retiraran a la búsqueda de nuevas formas de espiritualidad⁴⁰. Este proceso se fortaleció desde el primer momento ya que los propios testimonios escritos de los Apóstoles auspiciaban tal actitud.

En efecto, la huida de las ciudades estaba anunciada y escrita en el Evangelio, auténtico manual para el monje primitivo. Así se pueden encontrar en algunos de los textos que mayor repercusión directa poseyeron a la hora de decidir la huida radical del mundo y la manera de vivir de los monjes.

— «...otros sufrieron prueba de vituperios y azotes, y aún de ataduras y cárcel; fueron lapidados, atormentados, aserrados, murieron pasados a cuchillo, peregrinaron cubiertos de zaleas o pieles de cabra, necesitados, atribulados, maltratados; aquellos de quienes no era digno el mundo erraban en las soledades, en las montañas, por las cavernas y oquedades de la tierra.» (Hebreos, 11. 36-38)

El caso de Antonio el Monje fue sin duda el más clásico y, aunque de un origen acomodado, hizo suyas las palabras de Mateo, se desprendió de todos sus bienes y comenzó a llevar una vida ascética⁴¹.

— *Le dijo Jesús: «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; y ven aquí, y sígueme.»* (Mateo, 19. 21)

39 ESCRIBANO PAÑO, M^a. V., «Sobre la pretendida condena nominal dictada por el concilio de Caesaraugusta del año 380», *I Concilio Caesaraugustano*, 1981, 123-133. GARCÍA CONDE, A., «En el concilio I de Zaragoza ¿fueron condenados nominalmente los jefes priscilianistas?», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 2, 1946-1947, 223-230.

40 GONZÁLEZ-COBOS, A. M., «Sobre los condicionamientos sociales de los orígenes del monacato», *Hispania Antiqua*, III, 1973, 135-152 (en concreto, pp. 141-142).

41 Athan., *Vita Ant*, 2, 1-5.

— «Y cualquiera que deja casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.» (Mateo, 19.29)

Estos pequeños fragmentos y lecturas son tan sólo algunas muestras de aquellos textos que servían de estímulo y ánimo a los primeros monjes o solitarios. No obstante, aparte de la influencia de las Escrituras, no hay que desdeñar la antigua creencia semítica por la cual todos los lugares y sitios despoblados, ruinas, acantilados, barrancos y peñascos eran las moradas de los demonios. Esta convicción tuvo gran popularidad en todo Oriente y quedó profundamente arraigada en la filosofía cristiana, exportándose de manera rápida y directa a todos los rincones del Imperio.

5. CONSIDERACIONES FINALES

Como se puede apreciar, la localización y situación de ambos conjuntos es muy similar. Los ríos y ramblas atraen la atención de los monjes por variadas razones. La abundancia de agua posibilita tener asegurado el abastecimiento y permite la agricultura. Por otra parte, los ríos son vías de comunicación en sí mismas, por lo que el monasterio nunca pierde de vista la vía, en esta ocasión el río.

Este deseo de permanecer relacionado con las vías de comunicación, principales o secundarias, se ve contrapuesto por la necesaria calma inherente a los monasterios, obligando al monje a alejarse de los puntos y emplazamientos más accesibles. Es por esta razón que las comunidades, eremíticas, cenobíticas o monacales, ganan la montaña y abren sus refugios en las paredes verticales de las montañas. La tranquilidad y sosiego son absolutos pero siempre teniendo a la vista los caminos de la época. Sólo las iglesias parroquiales, suelen abrirse en lugares algo más accesibles, posibilitando el acceso a los servicios espirituales por parte de la amplia feligresía de los núcleos de población más cercanos. En determinadas fechas y festividades, este emplazamiento obligaría al descenso en masa de los monjes que, eventualmente, abandonarían sus refugios naturales para «mezclarse» con sus hermanos laicos. Junto a estas iglesias, cada monasterio en altura debía contar con una capilla o iglesia en la que pudieran celebrarse los numerosos momentos de oración conjunta de las distintas comunidades.

Ha quedado patente, como esa *fuga mundi* que en muchas ocasiones se ha planteado en torno a los modelos de emplazamiento eremítico, no es del todo exacta. Aislamiento sí, comunicación no.

Completando este carácter ribereño, el predominio de lo rupestre y montañés es una condición semejante a ambos contextos geográficos. Por suerte, mientras que los monjes que moraban las grutas y riscos del Alto Éufrates sirio permanecen en un sombrío anonimato casi total, los nombres de algunos monjes de La Rioja nos son conocidos por las fuentes. El paradigma de san Millán, escondido en una cueva del monte Distercio y más tarde retirado en unas grutas del valle de Suso, es de sobra conocido⁴².

Tanto en Siria como en España el fenómeno siempre fue el mismo. Los anacoretas y solitarios van dando paso a un verdadero movimiento de masas, convirtiendo lo que era un eremitorio con un único habitante en comunidades complejas, con diferentes matices pero con un deno-

42 ABAD LEÓN, F., «Expansión de la vida eremítica y monástica en La Rioja», *Antig. Crist.*, XVI, 1999, 285-312 (en concreto, pp. 287-288).

minador común, la vida monástica. El proceso se repite en todos los casos conocidos por las fuentes. El asceta se retira en soledad, pero su fama trasciende y pasa a acoger en su retiro a uno o dos discípulos que quieren seguir sus pasos. La llegada de estos últimos obliga al eremita a ir estableciendo una serie de normas de conducta, de habitabilidad, de convivencia, así como a la construcción de ciertos espacios indispensables como fueron la capilla, el refectorio o las celdas. Conforme crece el número de individuos que forma la comunidad se hace preciso una serie de reglas mayor, aunque dependiendo del carácter del fundador de la comunidad, cada agrupación monástica, al menos en Siria y en un principio, contó con unas normas propias. El paso del tiempo acabaría por homogeneizar todos estos colectivos.

En definitiva, la vida eremítica y cenobítica primitiva queda sólidamente atestiguada tanto por fuentes como por la arqueología. Cualquier actividad humana capacita la creación de un registro arqueológico, un resto material. El monaquismo rupestre no es una excepción. De esta manera, no es de extrañar que existan numerosas referencias a estancias más o menos duraderas de anacoretas en el interior de un refugio rupestre, sea de origen natural o artificial. Aunque para Occidente son menos conocidos estos habitáculos rupestres, es obvio que también existieron. En el caso galo, se sabe, por ejemplo, que Honorato pasó una corta estancia en una cueva del Cap Roux con el anciano Caprasio⁴³; en España, cada vez menos anónimas, las grutas, cuevas y columbarios de La Rioja, hay que entenderlas bajo esta misma tradición.

Con la comparación propuesta entre monacato oriental y occidental, con ejemplos sirios y riojanos, se ha podido comprobar las similitudes entre dos ámbitos geográficos tan distantes, ante un mismo proceso. Se trata de un medio alejado, aunque similar, pero al que se le aplican unas idénticas soluciones, básicamente todas ellas de carácter funcional.

43 MASOLIVER, A., *Historia del Monacato cristiano*, Madrid, 1994 (en concreto, p. 93).